

LA SOCIABILIDAD EXTRAVIADA: LAS NUEVAS RELACIONES DE DISTANCIA ENTRE LOS IQUIQUEÑOS

* Sociólogo. Universidad Arturo Prat. Correo electrónico: victor.guerrero@unap.cl.

Víctor H. Guerrero Cossio

Durante los últimos veinte años la minería transnacional ha impactado fuertemente sobre los espacios sociales urbanos y rurales en la provincia de Iquique, manifestándose como uno de los factores importantes en la constitución de una nueva sociabilidad, expresada en relaciones mas de lejanía que de cercanía entre sus sujetos, lo que disolvió la tradición local.

Palabras claves: Urbanismo - Sociabilidad.

During the past twenty years transactional mining has strongly impacted over urban and rural social spaces in the of Iquique, revealing as one of the important factors in the construction of a new sociability, expressed in remote than nearness relationships among its subjects, this dissolved he local tradition.

Key words: Urbanism - Socianility.

EL CONTEXTO GLOBAL Y LAS NUEVAS RELACIONES SOCIALES EN LA PROVINCIA DE IQUIQUE

Una de las lecturas clásicas de la sociología es la que distingue a las relaciones sociales desde el punto de vista del predominio de cercanía o distancia entre los sujetos, lo que revela cohesión e integración social al interior de la sociedad. Georg Simmel sostuvo esta perspectiva, asociada a estados de la sociedad y a reacciones de los individuos frente a los cambios sociales suscitados en ella.

La perspectiva simmeliana, retomada con intensidad por teorías sociales actuales, es asumida en el presente trabajo para analizar las transformaciones estructurales suscitadas en la Provincia de Iquique y sus efectos sobre la sociabilidad predominante hoy en la población de Iquique.

Diversos fenómenos socioculturales han estado manifestándose en los ámbitos rural y urbano de Iquique, incluso desvirtuando dichas nociones pues sus límites son cada vez más difusos. La actual constitución de la sociedad y la cada vez mayor artificialización del mundo, ha determinado que incluso el espacio físico haya perdido su condición de productor de realidad social como lo era en momentos que los contactos humanos eran lentos, difíciles y permanentes.

En la actualidad, lo que denominamos globalización, entendiendo esta como el fenómeno conducente a la mayor conectividad humana jamás alcanzada, determinada por la revolución tecnológica desatada en las últimas décadas y que ha derribado fronteras naturales y barreras socioculturales, al punto de tornar difusos los límites tradicionales que establecían la diferenciación entre la noción de “nosotros y los otros”, ha provocado que en localidades ayer claramente rurales se establezcan lazos societales y al contrario, que las ciudades tiendan a segmentarse para a la vez fortalecer sus lazos comunitarios.

Estos rasgos epocales se han manifestado con particular intensidad en Iquique, notoriedad dada por su tradicional carácter de cohesión social y a la vez su modernización y crecimiento de las últimas dos décadas. Esta contradicción ha determinado que se produzcan fenómenos de comportamiento que han concitado la atención tanto de la ciudadanía, como de las autoridades y los científicos sociales. La pregunta básica que se hacen todos es que ha pasado en Iquique, que por una parte lidera el crecimiento económico y la modernización tecnológica, mientras que por otra encabeza las tasas de delito e informalidad que revelan desintegración social.

La respuesta, en un primer nivel de análisis, es que el crecimiento económico ha atraído población de regiones económicamente deprimidas, tanto del país como del extranjero, entonces la insatisfacción conduce a que esta población sea presa de la conducta delictual ante la demanda insatisfecha de integración social.

Sin embargo, una forma sistemática y de mayor profundidad para entender el fenómeno es que se ha reconfigurado el espacio social de la localidad, pues las coordenadas socioculturales tradicionales han dejado de ser eficientes para proveer de orden social. En este caso existiría una crisis de sociabilidad, que en términos clásicos diría que las relaciones de cercanía y distancia entre los sujetos han promovido estas últimas, revelando un distanciamiento de los

sujetos en cuanto al interés social común, disminuyendo el capital cultural y social producido durante largas décadas.

Uno de los factores importante que han transformado las estructuras sociales de Iquique es la presencia del capital minero, pues sus nuevas tecnologías y diseños de gestión conmueven el orden social tradicional. Estas influyen no sólo en las áreas rurales adyacentes a sus explotaciones sino también en las áreas urbanas.

CAPITAL Y TRABAJO EN LA RECONFIGURACIÓN DEL ESPACIO SOCIAL

Desde la década del 80 ha sido la relación capital-trabajo asociada al sector minero uno de los factores mas influyentes en el acontecer regional, determinando en gran medida las reglas de la sociedad actual. El territorio y particularmente su sistema de asentamientos humanos se ha transformado de acuerdo a los nuevos requerimientos, expresándose en la cantidad y origen de su población, funciones y relaciones sociales, flujo de capitales y desarrollo local, acceso a nuevas tecnologías de comunicación y transporte, que en su conjunto condicionan y adecúan a las actuales circunstancias la producción del espacio social regional.

El presente trabajo analiza las principales características de este complejo de producción social, pero en este caso lo limita a los temas relacionados con la minería, que claramente recupera en versión transnacional su rol de principal agente económico regional, aunque en el marco de una economía de mayor diversidad y condicionado por las modernas tecnologías. Estas reconfiguran sus relaciones sociales tanto internas como externas, es decir en cuanto a los trabajadores mineros y a su vinculación con las comunidades rurales adyacentes.

En el espacio rural, son las localidades de Huatacondo y Pintados, las que se analizan en el presente trabajo, dada su condición agrícola original y su relación actual con dos compañías mineras transnacionales, como son Quebrada Blanca y Doña Inés de Collahuasi. A través de la evolución reciente de dichas comunidades se pueden advertir sus rasgos principales, derivados de su relación con el capital minero.

En el espacio urbano, es la localidad de Iquique, capital de la región de Tarapacá, la localidad analizada, pues ella es quien recibe los mayores impactos –tanto favorables como desfavorables- de la actividad realizada por

las compañías mineras. Para el propósito de esta investigación interesan los fenómenos asociados a la sociabilidad, especialmente observados a través de la relación entre la población residente en los condominios mineros, entre ellos y con la ciudad.

Tanto en el plano urbano como en el rural el impacto del capital minero, expresado en los espacios sociales respectivos, es de altísima significación y profundidad. En el primer caso se trata de una relación distante con los temas locales, como también entre los sujetos habitantes del espacio residencial común. En el segundo caso se asiste a un alejamiento estructural de los temas locales –ya no los necesita como proveedores de servicios- salvo de agua para los procesos y obras viales como sucede en Colonia Pintados, aunque existe una relación menor con las localidades mediante pequeños proyectos, como es el caso de Huatacondo.

En este marco se inscribe la transformación actual del sistema de asentamientos rurales de la provincia de Iquique, que a su vez presenta una notable transformación en su producción de espacio social. Para los efectos de las conclusiones de la presente investigación, estos asentamientos humanos se observan desde la perspectiva del espacio social, la sociabilidad y el capital social.

EL NUEVO CARÁCTER DE LOS ASENTAMIENTOS HUMANOS

El sistema de asentamientos humanos es uno de los productos derivados de las relaciones establecidas entre los hombres, en las esferas económica, política y cultural, dando lugar a un modelo preciso de apropiación del espacio y de funcionamiento de éste. Evidentemente en su seno tenderán a reproducirse los énfasis económicos y políticos, sus desigualdades, los que serán internalizados y sometidos a especiales características en las espacio social. La organización productiva, los cambios institucionales y los fenómenos migratorios determinarán los principales impulsos para la cristalización de los cambios, mediados por los rasgos culturales en intercambio.

Al respecto, Carlos de Mattos sostiene que “la situación actual de los asentamientos humanos está marcada por agudos desequilibrios, cuyo origen se encuentra en los procesos de crecimiento desigual que se han desarrollado en toda latinoamérica, caracterizándose por dos grandes grupos de fenómenos interrelacionados: disparidades territoriales, que afectan al conjunto de los

asentamientos, y concentración territorial de las actividades productivas y de la población” (De Mattos, 1989:70).

En la provincia de Iquique, la última década ha significado la valorización de importantes recursos naturales, cambiando notablemente la estructura productiva dominante, redefiniendo el uso principal de los recursos, donde no ha estado ajena la importancia del poder que tienen los actores comprometidos en la lucha por los recursos: entre los más importantes se encuentra el sujeto minero, que recupera su trascendencia dentro de la ruralidad nortina y cuyos asentamientos residenciales y productivos -donde los campamentos de trabajadores mineros son ambas cosas-marcan en buena parte el giro del cambio social predominante.

La incidencia del capital minero, como se ha dicho, trasciende los límites del trabajo minero y afecta también la producción social y económica de las comunidades tradicionales en cuyo espacio geográfico se inserta. Así, tanto la economía local como la estructura y procesos sociales se ajusta a la presencia del capital, de acuerdo a su carácter y conforme a su dinámica.

Dentro de este proceso, la centralidad del trabajo como enfoque analítico y como elemento empírico, proporciona una interesante base del análisis, pues tanto sus transformaciones como su naturaleza, serán decisivos para la constitución definitiva del sistema y el funcionamiento de los asentamientos humanos. En este enfoque, en tanto los nuevos proyectos mineros se fundan en la modernización tecnológica, que trasciende la mayoría de los recursos existentes en los espacios locales, particularmente servicios y fuerza de trabajo, es importante considerar el bajo nivel de empleo y difusión de beneficios económicos para las comunidades existentes en las inmediaciones.

A este respecto Lionel Stoleru señala que “Una oleada de progresos tecnológicos hace inútiles toda una serie de trabajos y suprime masivamente empleos sin, por otra parte, crear otros tantos...” (Gorz, 1991:12).

Así, el impacto producido corresponde a la naturaleza del sistema productivo y social, que en la minería tiene relación con la modernización de la producción, mientras que en la población aymara marca el final de su estrategia productiva y acelera su migración a la ciudad. El fenómeno migracional es de larga data, pero en la actualidad se acelera, aunque implica a la vez la ocupación del territorio por otros agentes sociales, principalmente mineros y estatales.

Al inicio de las operaciones mineras, especialmente en la fase de instalaciones se difunden beneficios en las comunidades locales, especialmente empleo y servicios, pero ellas tienen un carácter efímero, virtual, que a largo plazo impacta negativamente a las comunidades tradicionales. Esto es observable en las localidades de Pintados y Huatacondo, adyacentes a las compañías mineras de Quebrada Blanca y Collahuasi, donde inicialmente aumentaron los ingresos y consiguientemente el consumo, determinando una alteración de la tendencia poblacional regresiva. Sin embargo, censos recientes indican una involución de esas tendencias y una aceleración de los procesos migratorios originales.

MINERÍA Y ESPACIO SOCIAL RURAL

El trabajo minero, propio de la modernidad laboral en la región, en relación a la actividad agrícola tradicional, ha tenido vínculos con la población local, los que han sido diferentes de acuerdo a las distintas inserciones y carácter del capital minero.

La más reciente presencia del capital minero en la provincia de Iquique se origina en la década del 80, a propósito de la atracción que suscita en las corporaciones transnacionales la nueva ley minera, muy proclive a los intereses del capital.

Las modificaciones de dicha ley impulsan a la minería transnacional, emergente a partir de la década del 90 con la puesta en ejecución de tres grandes proyectos cupríferos de gran minería; Cerro Colorado, Quebrada Blanca y Dona Inés de Collahuasi.

Sus características, junto al hecho de constituir un mayor peso en el Producto Geográfico Bruto de la región, incidiendo de manera más determinante en la economía regional, no constituyó un aumento notable de fuerza de trabajo por unidad productiva, dadas sus características intensivas en capital. Así, las tres unidades productivas no sobrepasan un promedio de 500 trabajadores cada una, pero su producción es significativamente mayor que las del período pasado.

El peso de estas inversiones y su efecto sobre la economía nacional hace que en su desarrollo tenga influencia dominante sobre el escenario regional, transformando el espacio social más allá de su actividad productiva. Esto ocurre tanto en el espacio rural, en las comunidades más cercanas a los yacimientos, como en los espacios urbanos, particularmente en su capital regional.

En cuanto a la participación de la población local, a diferencia de los casos anteriores la organización del trabajo y la estructura residencial de los campamentos de trabajadores no facilitan la incorporación de las familias, al menos en dependencias de la empresa, pues la localización de estas no propicia la vida familiar, sino que está organizado sólo para los trabajadores. El punto de conflicto principal es que el ethos laboral indígena incorpora estructuralmente al individuo y su familia, mientras que la estrategia moderna “desfamiliza” a los obreros.

A pesar de que el nuevo sistema de asentamientos humanos producido por la minería, sigue basándose en la estructura de campamentos, donde se concentra espacialmente a los trabajadores en función de acercarlos a la faena productiva y mantener en su residencia una continuidad de los lazos de dependencia con la empresa, las condiciones tecnológicas actuales cambian el tipo de relación establecida con el entorno y con los grupos familiares.

Las características centrales son: un sistema de turnos de una semana de trabajo por una de descanso (7 por 7), donde los trabajadores producen rasgos de enajenación debido al distanciamiento de la sociedad global en que permanecen durante un período importante de su vida. Asimismo, el buen trato en materia de alojamiento, alimentación y transporte los consigna como representantes de la “aristocracia obrera” chilena, que junto a contar con ingresos superiores al promedio les produce una distancia cultural respecto a los problemas de las mayorías. El otro rasgo central es que, al igual que en los campamentos antiguos, se les concentra en un espacio inmediatamente aledaño a la faena, pero con la diferencia de que durante la mitad de su tiempo (7 por 7) son “reintegrados” a la sociedad nacional, en la cual usufructúan de su red de servicios.

Las migraciones hacia la ciudad, la movilidad entre los distintos pisos ecológicos de la provincia, las propiedades rurales de familias que se han trasladado a la ciudad, la potencial producción agrícola y ganadera, son aspectos incidentes en la definición de situación de los aymaras, lo que determina sus prioridades y demandas. Debido a esto no existe una sola posición en cuanto a los procesos que se están desarrollando en el espacio andino y precordillerano, por lo que no hay una sola voz en cuanto a las alteraciones ecológicas susceptibles de originarse a raíz de lo apropiación de recursos hidráulicos por las empresas mineras.

En las décadas 80-90 la producción social del medio rural está marcada por transformaciones importantes, que involucran un cambio notable en la composición de la población, actividades y relaciones sociales. En esto ocupa un lugar de primera importancia la presencia y carácter del capital minero y la modernización de la sociedad chilena. Los cambios son de tal envergadura, que comprometen profunda y definitivamente las comunidades tradicionales, aumentando la emigración y amenazando definitivamente la residencia definitiva y estable en ellos, observándose una tendencia a que la permanencia en los asentamientos sea temporal e inestable.

Los últimos registros censales muestran la sostenida tendencia al despoblamiento de las zonas altas, el reemplazo de la población originaria y la aparición de otros fenómenos demográficos que ponen en cuestión sus posibilidades de desarrollo futuro. Esto deriva tanto del quiebre de la estructura productiva tradicional como de procesos ideológicos, determinando un cambio definitivo en la composición poblacional y en sus proyectos sociales colectivos.

En este sentido, la minería incide directa y definitivamente en la transformación del sistema de asentamientos humanos tradicional, puesto que necesariamente debe relacionarse con ellos. En cuanto al espacio social aymara este tiene directa relación con la explotación de sus recursos naturales de que están siendo objeto, principalmente por la minería, lo que incide en la pérdida definitiva de su estrategia productiva ancestral y limita completamente su relación con el mercado. Esto tiene como consecuencia final una disminución de su población, el quiebre de su patrón de asentamientos humanos y la transformación profunda de sus relaciones sociales.

La sociabilidad ha cambiado, lo que puede explicarse por el hecho de que la población comunitaria se abre al mundo, multiplicando las posibilidades de sentido. El aumento de presencia de población exógena y la difusión mediática de horizontes culturales lejanos, se cuentan entre los factores más importantes para que las relaciones comunitarias se hayan debilitado en las comunidades. A la relativa presencia de capital financiero se opone la ausencia o pérdida de capital social y cultural. Ello redundará en la pérdida de sentido común. André Gorz, en una de sus más recientes publicaciones, a propósito de este tipo de fenómenos, señala lo siguiente:

“Por comunidad la sociología designa, por lo general, un agrupamiento o colectivo cuyos miembros están ligados por la solidaridad vivida, concreta en tanto que personas concretas. Su comunidad tiene un fundamento factual: descansa sobre algo que reconoce que cada uno tiene en común con todos los otros miembros” (Gorz, 1998: 127).

Como ya se ha señalado, en su relación con la minería, la difusión de los beneficios se produce en los inicios de las actividades de instalación y montaje, donde la precariedad de los servicios propios los lleva a utilizar los recursos tradicionales existentes en las comunidades aledañas, especialmente en cuanto a empleo y servicios, pero esta participación es fugaz y además en el largo plazo altera negativamente los procesos de emigración sostenida, acelerándolos.

Quizás uno de los fenómenos mas cruciales que surgen de estas profundas transformaciones es la pérdida de sustentabilidad por parte de las comunidades tradicionales, tanto en la producción como en la reproducción social, tanto en la satisfacción de necesidades económicas como en la construcción de redes sociales que permitan la autosuficiencia. Se trata, como diría Gorz, de una pérdida del sentido de comunidad, en tanto relaciones sociales basadas en una sociabilidad densa e íntima.

MINERÍA Y ESPACIO SOCIAL URBANO

Sin embargo, no se trata solamente de transformaciones ocurridas en el ámbito rural, sino que también y crecientemente en el ámbito urbano. En Iquique, la ciudad mas importante de la región, se advierte un desmembramiento físico y sociocultural, donde los condominios de población minera constituyen un importante indicador. Así, los antecedentes señalan que la población minera residente en dichos espacios sociales se caracteriza por una menor identificación con los temas locales, como también una menor interacción entre los residentes de dichos establecimientos residenciales. Hay también una sociabilidad de menor densidad en la población minera que reside en la ciudad respecto a los reductos tradicionales de la ciudad.

Es este último sentido el de mayor significación en cuanto a la transformación del espacio social de la provincia, puesto que tanto en las localidades rurales objeto de estudio -Colonia Pintados y Huatacondo- como en la localidad urbana mas relacionada con los proyectos mineros, siendo por ello tanto la de mayores

impactos favorables como desfavorables -Iquique- se presenta un fenómeno sociocultural de gran envergadura y profundidad, como es la contradicción entre crecimiento económico y decrecimiento social, reconfigurando en suma el espacio social tradicional.

En todo caso, las tres localidades consideradas en el presente estudio, manifiestan de manera diferente los efectos del capital minero sobre su sociabilidad. Ciertamente las transformaciones no pueden atribuirse únicamente a la influencia de la actividad minera, pero es indiscutible su incidencia.

En el caso de Huatacondo, la localidad mas alejada del centro urbano provincial y la que ha perdido con mayor celeridad su funcionalidad respecto a las actividades mineras, se advierte que el paso del capital minero fue claramente fugaz, habiéndose extinguido casi por completo su difusión económica -en términos de empleo obrero y servicio- persistiendo sólo pequeños aportes a infraestructura educacional para la escuela local y financiamiento para desarrollar experiencias de cultivos no tradicionales. Paralelo a ello se desarrollaron influencias que finalmente operaron para desencadenar con mas fuerza los procesos emigratorios, especialmente de las familias jóvenes. En este sentido un débil y fugaz usufructo del capital minero se contrapone a un poderoso estímulo para la emigración y ruptura de los intereses comunes de la población residente, reduciendo notablemente el capital social producido durante décadas de vida en común.

En cuanto al proceso desencadenado en la Colonia Pintados, los resultados son diferentes, puesto que en esta localidad su funcionalidad ha persistido por la venta de agua para trabajos que periódicamente deben realizarse como apoyo para las actividades productivas de las compañías mineras. Asimismo, el carácter de la población originaria, poseedora de capital social cultural -comunidad evangélica- condicionó favorablemente la acumulación de capital, que se utilizó posteriormente para incrementar la superficie cultivable. Es esta población la que ha permitido enfrentar los efectos negativos de la influencia modernizadora proveniente de la actividad minera, manteniendo los lazos sociales e intereses comunes.

En los condominios mineros construídos en la ciudad de Iquique es donde mas se evidencia el carácter singular de las relaciones sociales contraídas en el entorno minero, puesto que sus vínculos con los temas de la ciudad tienden a ser superficiales, careciendo de identidad con los intereses del espacio urbano al que territorialmente pertenecen. Asimismo, las relaciones internas, entre

los residentes mineros del condominio, pese a su cercanía física y funcional, tienden a ser impersonales y fugaces.

Los mayores recursos financieros que tienen las familias y en consecuencia el mayor acceso a los bienes materiales, especialmente equipos de alta tecnología, les proporcionan capacidad para resolver individualmente sus problemas y necesidades, generando condiciones para construir un espacio social caracterizado por el individualismo y la escasa identificación con el condominio y la ciudad. Hay, en consecuencia, un mayor acceso al capital económico pero a costa de un débil capital social.

En los tres casos, con los matices señalados, se observa la contradicción entre lo económico v/s lo sociocultural, disminuyendo esto último el acceso a lo primero. La disminución de capital social y una sociabilidad de menor densidad, son factores que llaman a observar críticamente el desenlace futuro de la relación economía y sociedad en este escenario de fuerte presencia de capital minero transnacional.

BIBLIOGRAFIA

- Santos, Milton. *Metamorfosis del espacio habitado*. Ed. Oikos-tau; España, 1996.
- De Mattos, Carlos. *Los Asentamientos humanos en América Latina*. Eure N° 46; Santiago, 1989. pp.70-83
- Gorz, André. *La Metamorfosis del Trabajo*, Ed. Ariel; España, 1991.
- *Misérias del presente, riqueza de lo posible*. Ed. Paidós; Buenos Aires, 1998.
- Van Kessel, Juan. *Holocausto al Progreso: los aymaras de Tarapacá*, Hisbol; La Paz, 1992.
- Universidad Arturo Prat. *Informes anuales de monitoreo ambiental en localidades de Huatacondo y Colonia Pintado*. Progesa; Iquique, 1998.